

Introducción

A punto de jubilarme –del trabajo periodístico cotidiano en una redacción– supe que, casi diez años después del secuestro de Marita Verón y sin información sobre su destino, trece de los acusados de raptarla y prostituirla se sentarían por fin en el banquillo. Conocía Tucumán, su pasado de los últimos setenta años, y su presente. Conocía el tema, y también el trasfondo que a duras penas se colaría en el juicio. Tenía en claro que era el caso más emblemático de trata sexual de la Argentina, con amplia trascendencia internacional; y que, por lo tanto, lo que afloraría y lo que estaría bajo análisis, sería muchísimo más que la libertad o la cárcel de trece personas: las historias de vida detrás del expediente, los sueños trancos de seres de carne y hueso, de un lado y del otro; el funcionamiento de los tres poderes en relación con esta problemática; el rígido juego de roles que se actúan durante un juicio oral, donde justicia y verdad marchan a veces por caminos divergentes; la escala de valores de la sociedad –y no sólo de Tucumán.

Me ofrecí a cubrirlo, para el diario *Clarín*, donde trabajé durante treinta años. Asistí a la gran mayoría de las audiencias, en especial las más importantes. Envié crónicas y análisis para la edición impresa y para *Clarín.com*. Pero ya en la segunda semana me di cuenta de que el grueso de lo que observaba, quedaba fuera de mis notas; y de que necesitaba dejar constancia de todo eso, que tampoco cabría en la sentencia, cualquiera que esta fuese.

Comencé entonces a tomar apuntes minuciosos. A recoger ciertos episodios, actitudes, palabras que los jueces y demás abogados consideraban irrelevantes. A registrar hechos vinculados con el juicio, también en otras provincias. A buscar informaciones complementarias. A necesitar la compañía de libros relacionados con el tema, que fui subrayando y anotando mientras leía o releía. Fui escribiendo algunos tramos, de manera inconexa; no podía arrancar hasta que no supiera el desenlace, hasta que no tuviera a la vista cómo habían interpretado los jueces y la sociedad todo lo ocurrido durante esos once meses.

Nunca sospeché –nadie lo sospechó– que acabaría así. Las explicaciones ya estaban en lo que había presenciado, indagado, escuchado, y oído al pasar. También en lo omitido, callado, soslayado, evitado, negado, censurado. Sólo había que cotejarlo con el expediente, conjugarlo y terminar de ordenarlo.

No se trata de una investigación periodística, por más que respire con frecuencia al ritmo de la crónica. Tampoco es un diario del juicio, si bien sigue un criterio de evolución – antes que cronológico–, a modo de flexible mapa de ruta. No es un ensayo, aún cuando algún capítulo propone interpretaciones acerca de ese submundo delictivo de clandestinidad tolerada. Más que intentar una pesquisa detectivesca, me interesó señalar y poner en su lugar lo que estaba a la vista y no se quería ver; lo que era evidente pero se negaba; lo que despuntaba por más que se intentara ocultarlo.

El caso de Marita Verón, y mucho más el juicio, son emergentes de contextos de Tucumán, de La Rioja, del noroeste argentino, y en algunos casos, de todo el país. Quise tomar el desafío de restituir los hilos que los entrelazan; de recomponer el reverso del tapiz en el que fue desaparecida, primero María de los Ángeles Verón, y después la justicia. Pero también creí importante entretejer las nuevas hebras que este juicio comenzó a devanar. En casi todas las ciudades, en casi todos los pueblos del país hay al menos una Marita Verón, con su historia previa única, que fue atrapada por la típica red de reclutadoras, proxenetas, explotadores, funcionarios corruptos y consumidores de sexo. Este libro no podrá darles justicia, ya que la justicia es una construcción colectiva; pero aspiro a que aliente la convicción de que la trama de la impunidad se desteje hilo por hilo.